

A manera de Editorial...

EL HOMENAJE A GABO

Rafael Mojica García
Rector

Getsemaní es en Cartagena de Indias, un barrio en donde se encuentra un magnífico edificio de piedra caliza llamado Centro de Convenciones Julio César Turbay Ayala, pero que la gente rehuye nombrarlo así, como desechan el decir puente Laureano Gómez en Barranquilla o denominar al ICETEX: Mariano Ospina Pérez. Así que prefieren llamarlo el Centro de Convenciones de Getsemani. El pueblo, a veces, no acata las determinaciones de los gobernantes.

La Ministra de Cultura, Elvira Cuervo de Jaramillo, nos informó en una carta a los rectores universitarios que del 26 al 28 de marzo del 2007 en la amurallada ciudad se llevaría a cabo el IV Congreso Internacional de la Lengua Española y que se reunirían más de 1.200 personas entre académicos, escritores, periodistas y personalidades del mundo cultural, político y económico de Iberoamérica. La ministra tiene la firma más extensa del gabinete.

Bajo la divisa “Unidad en la Diversidad” se quería significar el presente y futuro de la lengua española, recalcando la ñ, que en un principio fue omitida en los teclados de los ordenadores o computadores y que más aún llegó a proponerse que se suprimiera del alfabeto. Del alfabeto español, claro está!

Se organizaron cuatro sesiones plenarias y 20 paneles porque, ante todo, este congreso era “un gran encuentro cultural, una fiesta alrededor de la palabra, una celebración en torno a la diversidad, un recorrido inolvidable por el Caribe colombiano”.

Acercarse al Centro de Convenciones no era fácil ya que cuerdas a la redonda se habían establecido retenes del ejército que exigían una explicación y una identificación para dejar traspasar las barreras.

Quienes llegamos el día anterior no tuvimos problemas en el registro y menos si habíamos pagado la boleta de \$150.000 con anticipación. Se nos entregó la correspondiente escarapela, un folleto con la agenda a desarrollar y una mochila para usar a manera de cartera bajo del brazo.

A las 8 de la mañana del día señalado, ingresamos después de una hora de espera al enorme y espléndido recinto que sirve para realizar las plenarias. Debe tener capacidad para 2.500 personas. A las 10 de la mañana estaba totalmente lleno. A las 9:30 hizo su aparición Gabriel García Márquez, con cara de asustado y pensando: “¡Mierda! Llegué

muy temprano”. Lo encaramaron al escenario y después se lo llevaron tras bambalinas para que posteriormente hiciera una segunda entrada, como debe ser; llena de ovaciones.

El primer punto del Congreso era el homenaje a Gabriel García Márquez, con motivo de sus 80 años de vida, 40 de haber publicado “Cien Años de Soledad” y 25 de haber recibido el Premio Nóbel de Literatura.

A las 8:30 de la mañana del domingo 6 de marzo de 1927 nace en Aracataca, siendo el mayor de una familia compuesta por doce hermanos y sus padres Gabriel Eligio y Luisa Santiaga Márquez. Su padre era el telegrafista del pueblo, oficio que hoy no existe pero que Gabo como se le conoce en la costa insiste en recordarnos: “El hijo del telegrafista de Aracataca”. Cataquero es el gentilicio que ellos utilizan.

“Cien Años de Soledad” lo escribió en México en una encerrona de siete meses dejando al cuidado de su mujer, Mercedes Barcha, la dirección de la casa, esto es, la compra del mercado, el pago de servicios y el del alquiler. Hay quienes dicen que le entregó a su mujer 5.000 dólares para que se encargara de todo mientras él se dedicaba solamente a escribir, pero Gabo insinúa que fue su mujer la que sacó adelante aquella recesión con la ayuda de algunos amigos y la colaboración del propio casero. Narra que llevaron a donde un joyero a empeñar las alhajas que de familia había heredado Mercedes. El prestamista se insertó un tercer ojo de vidrio sobre el derecho y después de examinar las esmeraldas de los collares, los rubíes de las pulseras y los zafiros de los aretes les dijo: “esto no es más que puro vidrio”

Terminada la novela, remitió la mitad pues sólo para eso le alcanzó la plata que tenía. Esta segunda parte era la que contenía el final por la que el editor en Argentina le urge le remita la primera parte. Empeñan lo que les restaba y envían el faltante. Su mujer con cara compungida le dice: “¡Carajo, ahora lo único que falta es que la novela salga mala!”.

El 30 de mayo de 1967, en los talleres de la Compañía Impresora Argentina S.A., de Buenos Aires se terminó de imprimir la novela, saliendo al público para su venta el 5 de junio. En pocos días se agota la primera edición de 8.000 ejemplares.

El 21 de octubre de 1982 la Academia de Letras de Suecia le concede el Premio Nóbel de Literatura el que recibe el 10 de diciembre y que consistió en un diploma y US\$157.000. Frisaba los 55 años de edad. En Estocolmo recibió el premio en medio de grandes aplausos, de gritos y ¡Ay hombre! del avión de vallenatos que envió el gobierno nacional. Lejos de usar el frac, apareció vestido con la cotona así se sentía menos servil de la burguesía que tanto repudió, aunque por ahí hay un escritor chileno diciendo que García Márquez es feliz con presidente y obispos. A propósito de estos últimos, no había ni un sólo cura en el homenaje. Cura purpurado, quiero decir.

Los primeros en llegar al recinto de Getsemaní fueron el expresidente Belisario Betancourt; Víctor García de la Concha, presidente de la Real Academia de la Lengua; el secretario de la misma; don César Antonio Molina; Director del Instituto Cervantes y dos escritores.

Luego apareció Gabo, vestido de blanco desde la cabeza a los pies, con su señora y luego ingresaron el presidente de Colombia Álvaro Uribe Vélez y los Reyes de España:

Don Juan Carlos y Doña Sofía. El presidente Uribe parece que se vistiera en la misma tienda que viste a Claudia de Colombia, pues aunque llevaba colores apropiados se notaba que el difunto era más grande.

No estaban ninguno de sus amigos de la izquierda política, ni ningunos de sus conmlitares de las épocas de cuando era pobre, feliz e indocumentado. De ahí la gran alegría que reflejó cuando al finalizar el acto su amigo Ramiro de la Aspriella trató de subir al escenario sin usar las escaleras sino siendo arrastrado al escenario por el propio Gabo. Vano esfuerzo pues ni de la Aspriella tiene fuerzas para arquear su anciana humanidad ni Gabo para atraerlo con sus flácidos músculos. El propio Carlos Fuentes le indicó la inutilidad de su maniobra y del peligro de una hernia o un esguince. El abrazo fue estrecho, emotivo si se quiere. Eran dos viejos amigos de similares ideas y de otras luchas que se reconciliaban.

Vinieron unos discursos espléndidos todos apropiados pero más de uno sin propietario. El de Uribe se notó que a los intelectuales que él tomó como influyentes en la obra de García Márquez, algunos de ellos no eran de su conocimiento. No le señaló el ghost writer el nombre correcto.

La conducción de la ceremonia se la encomendaron a una bella señorita y al ex-ministro Casas Santamaría. Estuvo bastante frondía, por cierto, lo que no acreditó lamparazo.

Se editó Cien Años de Soledad, conmemorativamente, llevando en las tapas hojas de laurel. El primer ejemplar le fue entregado por el presidente de la Academia de la Lengua al propio Gabo. Se habló de una edición de 500.000 ejemplares, otros de 3.500.000. En todo caso el primer día de su lanzamiento en Colombia, se vendió un libro cada segundo a \$26.000 el ejemplar.

En medio del bullicio de la gente y de la alegría que suscitó la presencia de los Niños Vallenatos cantando la Diosa Coronada, la preferida de Gabo y la caída de miles de papeles que semejaban mariposas amarillas, se levantaron de sus asientos 2.500 asistentes, entre ellos el expresidente William Jefferson Clinton (Bill) quien viajó expresamente a saludar a su amigo personal Gabriel García Márquez. “Es mi escritor héroe” comentó y contó que lo leía con fruición cuando era estudiante de leyes en Yale.

Hace mucho tiempo no me sentía tan a gusto en mi país, parecía de ensueño como si todas las masacres y miserias se hubieran terminado, como si de repente hubiéramos dado un brinco a ser una nación del primer mundo. Sin embargo, no era así y pensé: ¡Carajo, estar en Cartagena la de Indias en el Auditorio Getsemaní, con los Reyes de España, el Presidente de Colombia, los más altos intelectuales del país y de iberoamérica, es un acto irrepetible. Es imposible poner a estos personajes en el mismo florero otra vez. Y sentí un gran nudo en la garganta, primero, por poder compartir este excelso acto y segundo, de seguir creyendo que somos un gran pueblo, que aún buscamos nuestra propia idiosincrasia, que tratamos de ajustar el mestizaje al que, sin duda, le espera un gran futuro. El futuro de una nación acrisola en guerras y desolaciones, esperanzas, saber y poesía.